

CAPÍTULO 18. EL SERVICIO DE PSIQUIATRÍA

Me sentía feliz. Acaba de ser elegido alumno interno. Me saciaría de experiencias, de conocimientos, y encontraría mi lugar en aquel nuevo mundo en el que me había volcado.

Acudía puntualmente, tres veces por semana, a cumplir con mis tareas en el hospital, donde se ingresaban pacientes con trastornos delirantes, catatónicos, agresivos, o suicidas. Disfrutaba desenmarañando, hasta donde me resultaba posible, los entresijos de aquellas mentes torturadas.

Pero esa visión extrema de la psiquiatría, aunque cierta, no es la única. Encontrábamos casos que, sin ser tan llamativos, tenían consecuencias igualmente funestas. Tras unos meses de entrenamiento nos fueron asignando tareas, que nunca incluían diagnósticos, ni, todavía menos, aplicar tratamientos. Nos limitábamos a recoger información que pudiera ser de utilidad, y que después era evaluada por los psiquiatras adjuntos.

A veces nos encontrábamos con casos que entrañaban una dificultad especial, que se salían de lo común. Una mañana me entregaron la ficha de un relojero de cuarenta y seis años, para que llevara a cabo la primera aproximación, una vez hospitalizado. El hombre no presentaba ningún trastorno aparentemente severo, su conversación era fluida y coherente. Me explicó que vivía de arreglar relojes de pulsera. Trabajaba en un pequeño taller, de apenas cuatro metros cuadrados, anidado dentro de una relojería más amplia, donde reparaba aquellos engranajes minúsculos, que exigían una precisión absoluta en

sus manos. El establecimiento estaba situado en una céntrica calle de la ciudad y era conocido por su tradición centenaria.

El hombre fumaba desde los trece años, a razón de dos paquetes diarios de «Bisonte», unos cigarrillos de tabaco rubio sin filtro, que impregnaban de un olor tan intenso el pequeño espacio donde trabajaba que había alejado ya de él a alguno de sus clientes. Pero no le importaba, era muy querido y respetado, sobre todo porque apenas quedaban relojeros de verdad.

Se había especializado en reparar ejemplares de alta gama, piezas de artesanía a las que sus dueños no querían renunciar. Les prolongaba la vida, en la medida de lo posible, y disfrutaba inmensamente cada vez que lo lograba. Sujetaba una pequeña lupa entre el pómulo y la ceja derecha, como si formara parte de su propio cuerpo, y que amplificaba de manera grotesca su ojo cuando recibía a los clientes. Pero ya se habían acostumbrado a él, y lo preferían a la mayoría de establecimientos, que renunciaban a la reparación y optaban por la venta de relojes nuevos, de peor calidad, más baratos y cómodos.

Los cirujanos vasculares habían solicitado una interconsulta a psiquiatría porque en los últimos cinco años habían tenido que amputarle tres dedos de la mano izquierda y dos de la derecha. Padecía una enfermedad relacionada con su dependencia al tabaco, que afectaba a los vasos sanguíneos más delgados y acababa gangrenando los dedos de las extremidades. No había modo de conseguir que el hombre dejase de fumar. Lloraba, desconsolado. Todavía podía llevar a cabo el movimiento de pinza que le permitía trabajar, pero estaba a muy corta distancia de seguir perdiendo los otros dedos.

—Le juro doctor—me decía entre lamentos—que, si tengo que renunciar a mi trabajo me mato, pero es que, si tengo que renunciar al tabaco, me muero.

Yo lo escuchaba, perplejo, no podía comprender aquella dependencia tan extrema, a costa de lo que fuera. Me llamó poderosamente la atención que una sustancia, cualquier sustancia, pudiera dominar la voluntad de un ser humano, hasta el punto de necesitarla para vivir. Nos habíamos habituado a contemplar a los heroinómanos arrastrar sus cuerpos macilentos por las esquinas y construirse casetas con cartones, que se venían abajo cada vez que llovía. Muchos de ellos, ni siquiera tenían fuerza suficiente para levantar aquellas chozas improvisadas y cambiantes y se estiraban sobre una manta. Solo les quedaba la esperanza de la noche fuera benigna y amaneciera el nuevo día sin haberse congelado ni sufrido una agresión por algún grupo de gamberros. Vivir un día más.

Pero aquella muchedumbre silenciosa rara vez ingresaba en nuestro servicio. Como mucho, acudían a urgencias para que conseguir «algo», un tranquilizante o un analgésico, que les ayudara a mitigar la sensación de muerte inminente generada por la abstinencia, para ganar tiempo hasta conseguir la siguiente dosis, que los acercaba a la muerte de verdad, la irreversible.

Sin embargo, el hecho de que un hombre cuerdo, un padre de familia con un trabajo respetable, se dejara matar por una droga tan absurda, tan extendida, aceptada y aparentemente inocua para la sociedad en aquel entonces como el tabaco, suponía para mí una novedad. Intentaron tratarle mediante hipnosis, e incluso le pautaron los nuevos antipsicóticos, pero nada pudo frenar su adicción. Me consta que tuvo un trágico final.

Ese fue mi primer contacto con el efecto de las adicciones en la salud mental. Había un detonante en el cerebro de aquellas personas, bien fuera originado por una depresión, provocado por la pérdida de un ser querido, o de un trabajo, que les inducía a abandonarse al consumo de sustancias. Las drogas los adormecieran, los sustraían de la realidad, mitigaban el efecto del sufrimiento sobre su consciencia.

Otros, sin embargo, se sentían empujados a consumirlas para experimentar euforia, vencer la timidez, aumentar la estima que tenían de sí mismos, y realizar proezas impensables en su estado normal. No importaba si después necesitaban días para recuperarse, ni si en ese estado habían desarrollado una agresividad que les inducía a cometer delitos que no recordaban después.

En ocasiones, el abuso de aquellas drogas, desencadenaba un trastorno mental irreversible, dramático, impredecible. Una primera vez, una dosis mal calculada, una mayor vulnerabilidad, hacían que los monstruos que vivían en su interior se amotinaban y se apoderaban de ellos.

Cuando la enfermedad ya se había instalado, había que minimizar los daños, buscar la reversibilidad, darle la vuelta al trastorno, intentar arrancarlo de la mente para convertir lo anómalo en funcionante. Ese era el gran objetivo de la psiquiatría.